

**Abdulrazak Gurnah**

**Paraíso**

Barcelona, 2021, Salamandra

**SIN NADAR EN EL PARAÍSO**

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: Notas de lectura, Nadadores,  
Fecha de Publicación: 02/02/2022  
Número de páginas: 11  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del  
**Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## Abdulrazak Gurnah: Paraíso

Traducción de Sofía Noguera Mendía  
Barcelona, 2021, Salamandra



Una de las novelas más emblemáticas de Abdulrazak Gurnah —reciente ganador del Premio Nobel de Literatura 2021— y nominada para los premios Booker y Whitbread, *Paraíso* es una apasionante historia de amor y amistad, lealtades y deslealtades, que nos introduce con gran riqueza de matices en la complejidad de una sociedad africana en plena mutación causada por la presencia de una cultura europea sobrevenida.

Cuando los padres de Yusuf, de doce años, le comunican que vivirá con su tío Aziz durante una temporada, el chico se muestra tan sorprendido como ilusionado: tomar el tren y conocer otros lugares es un sueño para alguien que nunca ha salido de su pequeña ciudad. Pero lo que Yusuf ignora es que su padre lo ha empeñado para saldar una deuda imposible de pagar, como tampoco sabe que Aziz no es pariente suyo, sino un rico y renombrado comerciante con el que recorrerá el corazón del continente africano en vísperas de la primera guerra mundial. Así, a través de los ojos del joven, descubriremos una naturaleza exuberante y hostil, poblada de tribus salvajes e invasores desalmados, donde una vida vale tanto como unas cuantas gotas de agua.

En esta poderosa y vibrante mezcla de relato de iniciación y epopeya histórica, Abdulrazak Gurnah evoca, con la prosa sutil y exquisita de los grandes narradores, el desgarror producido por la inapelable metamorfosis de un mundo en extinción.



África, la África más profunda, conmueve. Es conmovedora por muchos motivos, todos a su vez igualmente sugestivos y, una vez más, conmovedores. En la línea de la belleza inconsciente de su propia belleza, y por ello suprema verdad, primitiva pureza, inocencia original, naturalidad o naturaleza esencial, tiempo ancestral o detenido en un punto inencontrable en otras latitudes ya... Infancia del ser o del saberse. Saber ser.

El autor, Abdulrazak Gurnah, reciente premio Nobel de Literatura 2021, es de origen tanzano y nacido en Zanzíbar, una isla de la costa de ese país, en la costa Zenj o costa de los negros; es una región histórica fronteriza en donde se entrecruzaron culturas animistas negras y árabes musulmanas, procedentes de migraciones y exilios de la península arábiga, que generaron sultanatos negros y mestizados; allí recalaban los portugueses en su progresión hacia la India, y más

tarde, ya en el siglo XIX, alemanes e ingleses, cuya presencia se percibe como uno de los telones de fondo de este relato de Gurnah, desde una óptica o punto de vista original africana que constituye uno de los encantos más inmediatos de la novela. De la babel de lenguas africanas, emerge el suajili como lengua autóctona más extendida, y el árabe como lengua más prestigiosa y civilizada, la lengua de esas migraciones norteafricanas portadora de una cultura superior musulmana, más apta para las cuentas y la ciencia al saber diferenciar, entre otros extremos, los géneros y las especies, y con ello ser más capaz de describir el mundo que la cultura animista original... También llegó a esa zona gente variada indostánica, minorías y minorías de diferentes culturas y pelajes, y todo ese conglomerado cultural fue conviviendo y armonizándose generaciones tras generaciones hasta crear esas mixturas y fronteras sutiles que el novelista deja traslucir delicadamente con sus personajes: Yusuf, el joven protagonista, Khalil, el mozo de almacén y su mejor amigo, Aziz, el rico mercader en torno al que pivotan las vidas humildes y dependientes de la mayoría de esos personajes, Mohammed Abdalla, gerente, capataz o guardián principal de sus expediciones, el camionero Kalasinga, Kakanyaga el barquero, Simba Mwene, el bagajero, o Mzee Hamdani el jardinero... Y las mujeres, Maimuna, la tendera de un poblado lejano del interior, la rica viuda loca y esposa del mercader Aziz, y sobre todo Amina, la hermosa sierva por deudas de su padre adoptivo y hermana de Khalil, uno de los corazones/motores del relato.

Y sobre todos, aunque sin apenas aparecer, la sombra de esos europeos que, como bien saben, “quieren el mundo entero y están resueltos a tomarlo” (p.110); al decir de Hussein, “no es el comercio lo que buscan, sino la tierra. Y todo lo que hay en ella..., incluidos nosotros”. Ante esos temores – “tengo miedo de los tiempos que tenemos por delante” – el camionero Kalasinga, que tiene más perspectiva pues sabe que “en la India llevan siglos gobernando”, advierte a aquellos interlocutores y amigos más arcaicos o rústicos, más primitivos, como advertencia sapiencial:

Aprended, entonces, quiénes son. ¿Qué sabéis de ellos,  
aparte de esas historias sobre serpientes y hombres que comen metal?  
¿Sabéis su idioma, conocéis sus historias? ¿Cómo aprenderéis si no  
a hacerles frente? – dijo Kalasinga –. Quejarse y refunfuñar, ¿de qué sirve?  
Así, seguimos igual. Son nuestros enemigos. Esto es también lo que hace  
que sigamos igual. A sus ojos somos animales, y no podremos evitar  
que sigan pensando de esta forma estúpida durante mucho tiempo. ¿Sabéis  
por qué son tan poderosos?  
Porque llevan viviendo del mundo desde hace siglos.  
Vuestras quejas no van a detenerlos.

## SIN NADAR EN EL PARAÍSO

En un viaje comercial del gran patrón Aziz, en el que llevó por primera vez al joven Yusuf, aparece potente la metáfora del No-nadador, como un trasfondo esencial de aquella sociedad humana dura e invertebrada pero aferrada a la supervivencia con sus mínimos recursos de agarre.

Avanzada la mañana, todos estuvieron listos para partir. A medida que se acercaba el momento de embarcar, la animación contenía un punto de ansiedad. El barquero, Kakanyaga, dispuso personalmente los bultos y ordenó al tío Aziz y a Yusuf que fueran en su barca.

-El muchacho nos traerá suerte – explicó.

Los barqueros remaban de forma regular en medio del creciente calor, y sus espaldas y brazos empezaron a relucir. Mantenían las canoas en formación cerrada, lo bastante próximas para que los ocupantes intercambiasen canciones y se rieran de las réplicas. Turbados por la inmensidad del agua y por los hombres forzudos en cuyas manos estaban sus vidas, la mayoría de los viajeros guardaba silencio. Aunque sus casas estuvieran junto al mar, prácticamente ninguno sabía nadar. Sus pies podían recorrer durante toda una vida montañas y llanuras, pero seguían apartándose a toda prisa de las mareas siseantes que bañaban sus costas.

Cuando llevaban viajando casi dos horas, el cielo se oscureció de repente y comenzó a soplar un viento muy fuerte de origen desconocido.

Yusuf oyó que el mercader decía en voz baja:

*-Yallah!*

Kakanyaga llamó al viento por su nombre y se puso a llamar a voz en cuello a los hombres que estaban con él y a los que estaban en las otras canoas. Todos supieron, por los gritos de los barqueros y la intensidad de los golpes de remo, que se encontraban en peligro. (pp. 180-181).

Todo en la novela se va desvelando suavemente, poco a poco, para dejar entrever el hondón de la tragedia de todos, el abandono ante la impotencia de sus mayores para lograr la supervivencia, el sutil desarraigo connatural a todos, en el laberinto de una realidad incomprensible por difícil de captar sin un guía hábil narrador o maestro... El personaje de una joven muchacha misteriosa de la casa del rico mercader Aziz, asistente o criada de su esposa la rica viuda con la que se había casado, con la que el joven Yusuf se identificó nada más se vieron en el jardín/paraíso de la casa, es un misterio para él hasta que su compañero más directo de trabajo, Khalil, le llega a narrar su historia.

-¿Te ha contado algo? Quiero decir, de ella – preguntó Khalil.

-Me ha contado que tu padre la salvó de unos secuestradores y que luego la adoptó como hija.

-¿Eso es todo? Bien, no es mucho – dijo Khalil, y se encogió de hombros, malhumorado -. No sé de dónde sacó el valor

aquel tendero flaco y viejo. Aquella gente iba armada... quizá.  
Y él se metió en el agua corriendo y chapoteando mientras les gritaba  
que dejasen a las niñas. Ni siquiera sabía nadar.

Vivíamos en un pueblecito muy pobre, al sur de aquí. Eso  
ya te lo he contado. La tienda comerciaba con pescadores y modestos grajeros  
que iban a vender verduras y huevos a cambio de un puñado de clavos,  
un puñado de tela o una libra de azúcar. Y cuando, con suerte, aparecía  
un poco de contrabando, de la clase que fuese, siempre era bienvenido.  
Esto era ella, *magendo* para ser vendido en algún lugar. Como le ocurrió  
a su hermana. Recuerdo cuando llegó, llorando y sucia... aterrorizada.  
Todos en el pueblo conocían su historia, pero nadie la reclamó, de manera  
que se quedó con nosotros. Mi padre la llamaba kifa urongo. – Khalil sonrió –.  
Por la mañana, mi padre la llamaba cuando ya estaba listo para tomarse el pan;  
ella se lo llevaba y se quedaba con él, que le iba dando trocitos.  
Como a un pajarito. Pan de mijo y mantequilla clarificada de búfala,  
cada mañana, y ella se sentaba cerca y, sin dejar de hablar por los codos,  
abría la boca de par en par para recibir los pedacitos que él le daba. Seguía  
a mi madre mientras iba de acá para allá haciendo sus tareas o venía conmigo  
cuando yo salía. Un día, mi padre dijo que íbamos a darle nuestro nombre,  
y así ella se convertiría en uno más de la familia. Dios nos ha hecho a todos  
de un coágulo de sangre, solía decir. Ella se hacía entender con la gente de allí  
mejor que cualquiera de nosotros. Es suajili como tú,  
aunque hablaba un poco distinto.

Entonces llegó el *seyyid*. Esta parte es muy simple. Cuando ella  
tenía siete años, mi pobre y estúpido padre, Dios se apiade de él,  
se la ofreció al *seyyid* como parte del pago. Yo sería su rehén hasta que ella  
tuviera la edad para casarse, a menos que antes mi padre pudiese comprar  
mi libertad. Pero mi padre murió y mi madre y mis hermanos  
regresaron a Arabia y me dejaron aquí con nuestra deshonra.  
Cuando ese maldito Mohammed Abdalla fue a buscarnos,  
la hizo desnudar y la acarició con sus asquerosas manos.

Khalil empezó a llorar suavemente, tal como las lágrimas  
se deslizaban por su rostro.

-Después de la boda – prosiguió –, el *seyyid* me dijo que si quería quedarme  
podía hacerlo. De manera que me quedé para atender a esa pobre niña  
que mi padre, Dios tenga piedad de su alma, entregó a la esclavitud.

-¡Pero ninguno de los dos tiene ya por qué quedarse! – exclamó Yusuf –.  
Ella puede marcharse si puede. ¿Quién habría de impedirlo?

-Hermano, qué valiente eres – replicó Khalil, y se echó a reír entre lágrimas –.  
Todos podemos huir para vivir en la montaña. Ella puede irse si quiere.  
Si se va sin la bendición del *seyyid*, yo tendré que convertirme en rehén  
otra vez, o pagar la deuda. Ése fue el acuerdo, y eso es  
lo que exige el honor. Por consiguiente,

ella no se irá y, mientras ella se quede, yo me quedaré.

-¿Cómo puedes hablar de honor?

-¿De qué otra cosa crees que debería hablar? – preguntó Khalil –.

Mi pobre padre, Dios tenga misericordia de él, y el *seyyid* me han arrebatado todo lo demás. Si no fueron ellos los que me convirtieron en el cobarde inútil que tienes delante, ¿quién fue? A lo mejor es sólo que tengo la naturaleza para ello, o es la forma en que vivimos... nuestra costumbre.

Pero a ella le rompieron el corazón. ¿A qué otra cosa puede uno agarrarse por encima de esto? Si no quieres que le llame honor, entonces llámalo como quieras.

-¡Tu honor no me preocupa en absoluto! – exclamó Yusuf, furioso –.

No es más que otra palabra noble tras la que ocultarse.

Voy a llevármela de aquí.

\*\*\*

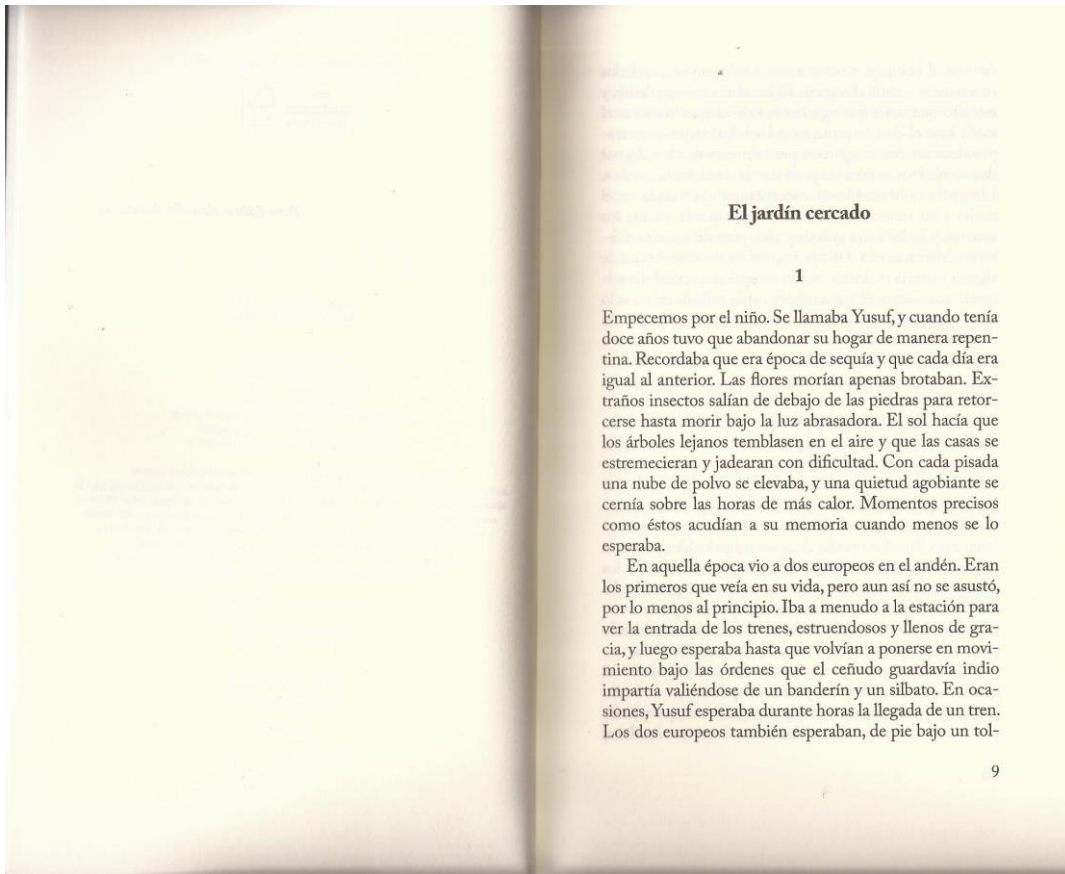
En su sueño de imposible libertad, el joven, casi niño aún, Yusuf, imagina su huida con Amina, ese objeto de compra-venta, contrabando o *magendo*, como el oro o los diamantes, algo valioso pero escaso y muy controlado si no prohibido, y se anima a sí mismo esperando que la muchacha le admitiese como algo suyo, y así ensayaba formas de decírselo para que lo aprobara:

Le diría: “Si esto es el Infierno, entonces márchate. Y déjame ir contigo. Nos han educado para ser tímidos y obedientes, para que los honremos aunque nos traten mal. Márchate y déjame ir contigo. Los dos estaremos en medio de la nada. ¿Qué otra cosa puede ser peor? Donde quiera que vayamos, no habrá allí un jardín vallado, con cipreses firmes, arbustos agitados, árboles frutales y flores de un brillo inesperado [...] Sería como el desierto, pero ¿qué podría ser peor que esto?” Y ella sonreiría y le tocaría la mejilla, que acabaría arbolada. Eres un soñador, le diría luego, y después le prometería que harían un jardín para ellos, más completo que aquel.  
(p.284).

Ante la rebeldía ante la realidad que comenzaba a manifestarse en el pecho del joven adolescente Yusuf, como un síntoma más de su propio crecimiento como hombre, de la mano de la aparición de ese algo aún desconocido para él, como era el amor, la persistencia de esa misma realidad: el paraíso era un jardín vallado, un jardín cerrado, como el de su amo, y alcanzar a la realización de su propio jardín podría ser la imagen de una posible propia libertad. Algo difícil, sin duda, pero alcanzable.

Pero estas notas de lectura no son más que un incentivo a una lectura más detenida de, en este caso, un bello ensayo novelesco que a la vez es ensayo poemático. Cuyo primer capítulo reproducimos a continuación:





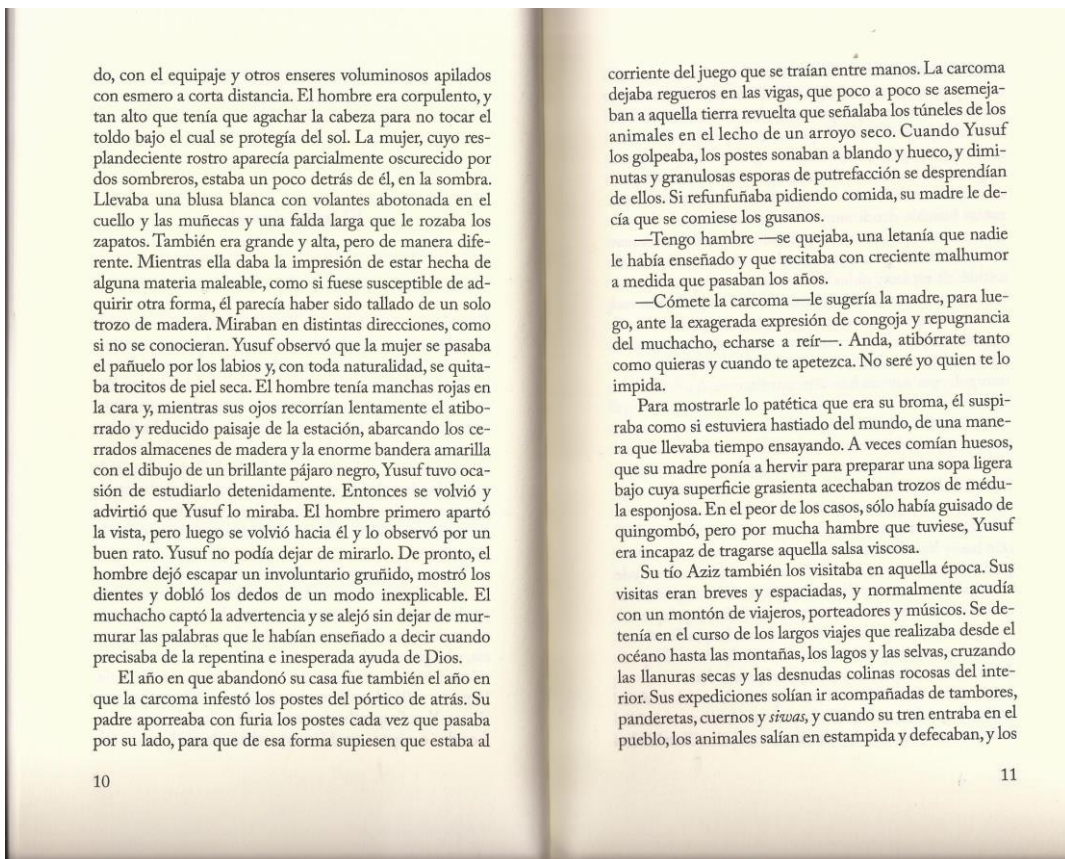
## El jardín cercado

1

Empecemos por el niño. Se llamaba Yúsuf, y cuando tenía doce años tuvo que abandonar su hogar de manera repentina. Recordaba que era época de sequía y que cada día era igual al anterior. Las flores morían apenas brotaban. Extraños insectos salían de debajo de las piedras para retorcerse hasta morir bajo la luz abrasadora. El sol hacía que los árboles lejanos temblasen en el aire y que las casas se estremecieran y jadearan con dificultad. Con cada pisada una nube de polvo se elevaba, y una quietud agobiante se cernía sobre las horas de más calor. Momentos precisos como éstos acudían a su memoria cuando menos se lo esperaba.

En aquella época vio a dos europeos en el andén. Eran los primeros que veía en su vida, pero aun así no se asustó, por lo menos al principio. Iba a menudo a la estación para ver la entrada de los trenes, estruendosos y llenos de gracia, y luego esperaba hasta que volvían a ponerse en movimiento bajo las órdenes que el ceñudo guardavía indio impartía valiéndose de un banderín y un silbato. En ocasiones, Yúsuf esperaba durante horas la llegada de un tren. Los dos europeos también esperaban, de pie bajo un tol-

9



do, con el equipaje y otros enseres voluminosos apilados con esmero a corta distancia. El hombre era corpulento, y tan alto que tenía que agachar la cabeza para no tocar el toldo bajo el cual se protegía del sol. La mujer, cuyo resplandeciente rostro aparecía parcialmente oscurecido por dos sombreros, estaba un poco detrás de él, en la sombra. Llevaba una blusa blanca con volantes abotonada en el cuello y las muñecas y una falda larga que le rozaba los zapatos. También era grande y alta, pero de manera diferente. Mientras ella daba la impresión de estar hecha de alguna materia maleable, como si fuese susceptible de adquirir otra forma, él parecía haber sido tallado de un solo trozo de madera. Miraban en distintas direcciones, como si no se conocieran. Yúsuf observó que la mujer se pasaba el pañuelo por los labios y, con toda naturalidad, se quitaba trocitos de piel seca. El hombre tenía manchas rojas en la cara y, mientras sus ojos recorrían lentamente el atiborrado y reducido paisaje de la estación, abarcando los cerrados almacenes de madera y la enorme bandera amarilla con el dibujo de un brillante pájaro negro, Yúsuf tuvo ocasión de estudiarlo detenidamente. Entonces se volvió y advirtió que Yúsuf lo miraba. El hombre primero apartó la vista, pero luego se volvió hacia él y lo observó por un buen rato. Yúsuf no podía dejar de mirarlo. De pronto, el hombre dejó escapar un involuntario gruñido, mostró los dientes y dobló los dedos de un modo inexplicable. El muchacho captó la advertencia y se alejó sin dejar de murmurar las palabras que le habían enseñado a decir cuando precisaba de la repentina e inesperada ayuda de Dios.

El año en que abandonó su casa fue también el año en que la carcoma infestó los postes del pórtico de atrás. Su padre aporreaba con furia los postes cada vez que pasaba por su lado, para que de esa forma supiesen que estaba al

corriente del juego que se traían entre manos. La carcoma dejaba regueros en las vigas, que poco a poco se asemejaban a aquella tierra revuelta que señalaba los túneles de los animales en el lecho de un arroyo seco. Cuando Yúsuf los golpeaba, los postes sonaban a blando y hueco, y diminutas y granulosas esporas de putrefacción se desprendían de ellos. Si refunfuñaba pidiendo comida, su madre le decía que se comiese los gusanos.

—Tengo hambre —se quejaba, una letanía que nadie le había enseñado y que recitaba con creciente malhumor a medida que pasaban los años.

—Cómete la carcoma —le sugería la madre, para luego, ante la exagerada expresión de congoja y repugnancia del muchacho, echarse a reír—. Anda, atibórrate tanto como quieras y cuando te apetezca. No seré yo quien te lo impida.

Para mostrarle lo patética que era su broma, él suspiraba como si estuviera hastiado del mundo, de una manera que llevaba tiempo ensayando. A veces comían huesos, que su madre ponía a hervir para preparar una sopa ligera bajo cuya superficie grasienta acechaban trozos de médula esponjosa. En el peor de los casos, sólo había guisado de quingombó, pero por mucha hambre que tuviese, Yúsuf era incapaz de tragarse aquella salsa viscosa.

Su tío Aziz también los visitaba en aquella época. Sus visitas eran breves y espaciadas, y normalmente acudía con un montón de viajeros, porteadores y músicos. Se detenía en el curso de los largos viajes que realizaba desde el océano hasta las montañas, los lagos y las selvas, cruzando las llanuras secas y las desnudas colinas rocosas del interior. Sus expediciones solían ir acompañadas de tambores, panderetas, cuernos y *síwas*, y cuando su tren entraba en el pueblo, los animales salían en estampida y defecaban, y los

10

11



niños se desmandaban. El tío Aziz despedía un olor extraño y poco corriente, una mezcla de piel de animal y perfume, de resinas y especias, y otro olor más difícil de definir que a Yusuf le hacía pensar en el peligro. Solía vestir un *kanzu* ligero y vaporoso de algodón fino y un gorro de ganchillo en la coronilla. A juzgar por sus aires de gran señor y su actitud cortés e impenable, se habría dicho que era un hombre dando un paseo al atardecer o un feligrés camino de las plegarias vespertinas, en lugar de un mercader que había llegado allí abriéndose paso a través de mataderos de espino y nidos de víboras que escupían veneno. Incluso en medio del acaloramiento de la llegada, entre el caos y el desorden producido por el revoltijo de bultos y rodeado de porteadores cansados y ruidosos y mercaderes alertas y llenos de arañazos, el tío Aziz conseguía parecer tranquilo y a sus anchas. En aquella ocasión, había ido solo.

A Yusuf siempre le alegraban sus visitas. Su padre decía que suponían un honor para ellos, porque era un mercader muy rico y renombrado —*tajiri mkubwa*—, pero, aunque el honor siempre era bienvenido, había algo más. Cada vez que los visitaba el tío Aziz le regalaba, sin excepción, una moneda de diez annas. Lo único que tenía que hacer Yusuf era estar presente en el momento apropiado. El tío Aziz lo buscaba con la mirada, sonreía y le entregaba la moneda. El muchacho tenía la sensación de que debía devolver la sonrisa, pero no lo hacía porque intuía que ello podía volverse en su contra. La piel luminosa y el olor misterioso del tío Aziz lo embelesaban. Después de su marcha, el perfume persistía durante días.

Al tercer día, se hizo evidente que la visita del tío Aziz estaba llegando a su fin. En la cocina reinaba una actividad que no era la usual, y de ella se escapaban entremez-

clándose los inconfundibles aromas de un festín. Se freían especias dulces, se cocían a fuego lento salsa de coco, bollos esponjosos y coca de pan, se horneaban bizcochos y se hervía carne. Por si acaso su madre necesitaba ayuda para preparar los platos o quería una opinión sobre alguno de ellos, Yusuf procuró no alejarse demasiado de la casa en todo el día. Sabía que en estos asuntos ella valoraba mucho su opinión. También podía ocurrir que olvidase agitar una salsa o que se le pasara por alto el momento en que el aceite caliente alcanzaba aquel punto justo de temblor idóneo para echar las verduras. Era un arma de doble filo, pues si bien quería estar en disposición de no perder de vista la cocina, por nada del mundo deseaba que su madre advirtiera que estaba al acecho y ocioso. En ese caso, seguro que lo mandaba a hacer recados interminables, lo cual era malo de por sí, pero, además, correría el riesgo de no llegar a tiempo para despedirse del tío Aziz. La moneda de diez annas siempre cambiaba de mano en el momento de la partida, cuando el tío Aziz le ofrecía la suya para que la besara y, mientras Yusuf se inclinaba, le acariciaba la parte posterior de la cabeza y deslizaba la moneda en su mano con una desenvoltura bien practicada.

Por regla general, su padre no volvía del trabajo hasta pasado el mediodía. Yusuf imaginó que llevaría al tío a la casa, de modo que le quedaba mucho rato que matar. Su padre dirigía un hotel. Era el último de una serie de negocios con los que había intentado hacerse un nombre y una fortuna. En casa, cuando estaba de humor, contaba historias sobre otros proyectos que, en su opinión, no podían por menos que prosperar, pero que sonaban ridículos e hilarantes. Yusuf también lo oía quejarse de lo mal que le había ido en la vida y de que siempre que intentaba algo, le fallaba. El hotel, que consistía en un restaurante encima

del cual había una habitación con cuatro camas limpias, se encontraba en la pequeña ciudad de Kawa, donde ellos vivían desde hacía más de cuatro años. Antes habían vivido en el sur, en otra ciudad pequeña situada en una región agrícola donde su padre regentaba una tienda. Yusuf recordaba una colina muy verde y las lejanas sombras de las montañas; y a un anciano que, sentado a la puerta de la tienda, bordaba gorros con hilo de seda. Se mudaron a Kawa porque esta ciudad prosperó gracias a que los alemanes la utilizaban como depósito mientras construían la línea de ferrocarril que llegaría a las tierras altas del interior. Pero este esplendor fue flor de un día, y ahora los trenes sólo se detenían para recoger madera y agua. En el viaje anterior, el tío Aziz había utilizado el ferrocarril hasta Kawa para luego dirigirse hacia el oeste a pie. Decía que para su siguiente expedición tenía previsto ir en tren hasta el final de la línea y luego seguir una de las rutas del noroeste o del nordeste. Aseguraba que en ambas direcciones aún era posible hacer buenos negocios. En ocasiones Yusuf oía decir a su padre que la ciudad entera estaba yéndose al infierno.

El tren de la costa partía a última hora de la tarde, y el muchacho imaginaba que su tío se marcharía en él. Algo en su actitud le decía que el tío Aziz iba camino de casa. Pero uno nunca podía fiarse de la gente y a lo mejor resultaba que cogía el tren que subía a las montañas, que salía a media tarde. Yusuf estaba preparado para cualquier alternativa. Su padre le había ordenado que fuese al hotel todas las tardes después de las plegarias del mediodía, para aprender el negocio y a valerle por sí mismo, según sus propias palabras, pero en realidad era para echar una mano a los dos jóvenes que ayudaban en la cocina y servían las mesas. El cocinero bebía y no paraba de mal-

decir, por no mencionar que, salvo a Yusuf, insultaba a cualquiera que estuviese al alcance de su vista. Apenas veía al muchacho se detenía en mitad de la maldición que estuviera soltando y se deshacía en sonrisas, pero él permanecía asustado y tembloroso en su presencia. Aquel día Yusuf no fue al hotel ni rezó sus oraciones del mediodía, pues hacía un calor tan espantoso que no creía que a esa hora nadie fuera a tomarse la molestia de ir en su busca. Anduvo en cambio metido en rincones sombrados, como detrás del gallinero, en el patio trasero, hasta que los olores sofocantes y el polvo que se elevaban con las primeras horas de la tarde lo obligaron a salir de allí. Se escondió en el sombrío depósito de madera contiguo a la casa, un lugar en penumbra, de color rojo oscuro y con un tejado abovedado de paja, donde se ponía a escuchar a los lagartos que, siempre al acecho, se escabullían cautelosamente, y donde tenía un escondite seguro para las diez annas.

Como estaba acostumbrado a jugar solo, el silencio y la penumbra del depósito de madera no le parecían desconcertantes. A su padre no le gustaba que jugara lejos de casa.

—Estamos rodeados de salvajes —decía—. *Washenzi* que no tienen fe en Dios y que adoran a los espíritus y a los demonios que viven en árboles y rocas. Lo que más les gusta es raptar niños pequeños y utilizarlos a su antojo. O te puedes encontrar con esos otros desaprensivos, holgazanes o hijos de holgazanes, que no te harán caso y dejarán que los perros salvajes te devoren. Quédate por aquí cerca, y así podremos vigilarte.

Su padre prefería que jugara con los hijos del tendero indio que vivía en la vecindad, pero cuando Yusuf trataba de acercarse a ellos, le arrojaban piedras y lo insultaban.



«Golo, golo», cantaban a la vez que escupían en su dirección. En ocasiones se juntaba con los grupos de muchachos que se reunían bajo las sombras de los árboles y al abrigo de las casas. Le gustaba la compañía de estos muchachos mayores que él porque siempre estaban contando chistes y riendo. Sus padres eran *vibarua*, jornaleros que trabajaban para los alemanes en las cuadrillas de la cabeza de la línea de ferrocarril que se estaba construyendo; también se desempeñaban como porteadores de los viajeros y mercaderes. Sólo se les pagaba por el trabajo que hacían, y a veces no había trabajo. Yusuf les había oído decir que los alemanes colgaban a los obreros que no trabajaban duro. Si eran demasiado jóvenes para ser colgados, les arrancaban los testículos. Los alemanes no se amilanaban ante nada. Hacían lo que querían y nadie podía detenerlos. Uno de los chicos contó que su padre había visto a un alemán meter la mano en el fuego sin quemarse, igual que un fantasma.

Sus padres, los *vibarua*, procedían de todas partes, de las tierras altas de Usambara, al norte de Kawa, de los fabulosos lagos al oeste de las tierras altas, de las sabanas del sur arrasadas por la guerra y, muchos, de la costa. Se reían de sus padres, se burlaban de las canciones que entonaban en las horas de trabajo y comparaban historias sobre lo mal que olían cuando llegaban a casa. Se inventaban nombres para los lugares de donde procedían; eran nombres divertidos y groseros que utilizaban para insultarse y mofarse entre ellos. En ocasiones se peleaban, se arrojaban al suelo y se daban patadas, haciéndose daño. Los muchachos mayores, si podían, encontraban trabajo como sirvientes o recaderos, pero la mayoría se dedicaba a holgazanear y vagabundear a la espera de crecer para realizar el trabajo de los hombres. Cuando se lo permitían, Yusuf se

16

unía al grupo, escuchaba sus conversaciones y hacía recados para ellos.

Mataban el tiempo chismorreando o jugando a cartas. Fue estando con ellos cuando Yusuf oyó por primera vez que los bebés vivían en los penes. Cuando un hombre quería un niño, metía el bebé dentro de la barriga de una mujer, donde había más espacio para que se desarrollara. No fue el único en considerar esta historia increíble y, a medida que la discusión se fue acalorando, los muchachos empezaron a sacar sus penes y a medirlos. Los bebés pronto quedaron olvidados y los penes cobraron interés por sí mismos. Los chicos mayores se sentían orgullosos de exhibirse y obligaban a los más jóvenes a poner al descubierto sus pequeños *abdallas*, para reírse de ellos.

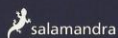
A veces jugaban a *kipande*. Yusuf era demasiado pequeño para tener siquiera la oportunidad de batear, puesto que la edad y la fuerza determinaban el orden para ello; sin embargo, cuando se lo permitían, se unía al grupo de jugadores que no bateaban y que corrían frenéticamente por el polvoriento espacio abierto tras un trozo de madera que volaba por los aires. En una oportunidad su padre lo vio correr por las calles con una pandilla histérica de niños que iban tras un *kipande*. Después de lanzarle una dura mirada de reprobación, le dio una bofetada y lo mandó a casa.

Yusuf se fabricó su propio *kipande* y cambió el juego para poder practicarlo en solitario. La adaptación consistió en que él era también todos los demás jugadores, lo cual tenía la ventaja de que podía batear tanto como le apeteciera. Recorría arriba y abajo la calle en que vivía gritando con excitación y tratando de coger un *kipande* que acababa de lanzar tan alto como podía a fin de tener tiempo para alcanzarlo.

17

«Un retrato evocador de un continente africano al borde del cambio. Una meditación conmovedora sobre la naturaleza de la libertad y la pérdida de la inocencia.»

*The New York Times Book Review*

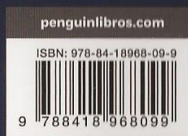


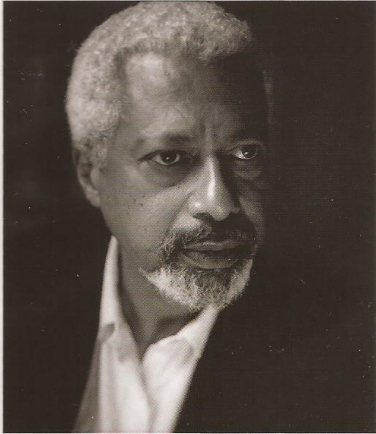
PREMIO NOBEL  
de  
LITERATURA 2021



«Un retrato evocador de un continente africano al borde del cambio. Una meditación conmovedora sobre la naturaleza de la libertad y la pérdida de la inocencia.»

*The New York Times Book Review*





**Abdulrazak Gurnah** (Zanzíbar, 1948) es un escritor de origen tanzano afincado en Inglaterra desde hace más de medio siglo. Doctorado en 1982 por la Universidad de Kent, ejerció la docencia en las universidades Bayero (Kano, Nigeria) y Kent, donde dio clases de literatura hasta su jubilación en 2017. Es miembro de la Royal Society of Literature desde el año 2006 y autor de numerosos cuentos, ensayos y una decena de novelas, entre las que destacan *Paraíso* (1994), nominada para los premios Booker y Whitbread, *A orillas del mar* (2001), *Desertion* (2005) y *Afterlives* (2020). Considerado uno de los escritores poscoloniales más relevantes, ha sido galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 2021 por su «conmovedora descripción de los efectos del colonialismo y la historia de los refugiados en el abismo entre culturas y continentes».

Ilustración de la cubierta: © Anna Martínez  
Fotografía del autor: © Mark Pringle

«Un retrato evocador de un continente africano al borde del cambio. Una meditación conmovedora sobre la naturaleza de la libertad y la pérdida de la inocencia, válida tanto para un único niño sensible como para todo un territorio.» *The New York Times Book Review*

«Una prosa poética que resulta pura y lúcida: un pequeño paraíso en sí misma.» *The Guardian*

«Un libro que rescata de manera fascinante un mundo ya extinguido.» *The Sunday Times*

«Una novela con muchas capas. Arrebatadora, sugerente, excepcional.» *The Independent*

«Una historia de iniciación cautivadora y una denuncia de la colonización europea, con incursiones secundarias en las dinámicas sociales y religiosas de África.» *Library Journal*

f t i @ salamandraed penguinlibros